

*habitare.* S. Cyprian. de Orat. Dom.

*Teneamus eam, quæ totius vit ornatum attollit, modestiam.* S. Ambros. lib. 1 Offic. cap. 45.

*Sanctorum nontantum verba, sed etiam ipsi vultus spirituali gratia pleni sunt.* S. Chrysos. Hom. 3 ad pop.

*Speculum mentis facies, et taciti oculi fatentur arcana.* S. Hieron. Epist. ad Tur.

*Studeamus modestiæ; nam studiis et exercitiis assimilatur anima, et qualis facit, talis formatur et figuratur.* S. Basil. Serm. de Humilit.

*Ad custodiendam cordis munditiam, exteriorum quoque sensuum disciplina servanda est.* S. Greg. in Pastor. cap. 24.

*Præcones quidam animi, compositi motus corporis.* S. Gregor. Nazian. Epist. 131.

*Hilari omnes capiuntur vultu, tristem et truculentum refugiunt.* S. Joan. Clim. Grad. 29.

*Hæc est modestia et grata compositio, primum non circumferre huc et illuc oculos, sed quæ ante te sunt intueri, neque vana et otiosa loqui, sed tantum necessaria.* Doroth. Serm. 24.

*Sit in gestu tuo gravitas, in motu simplicitas, in incessu honestas.* Isidor. Pelusiot. lib. 2 Soliloq.

ducta manifieste que Dios habita en nosotros.

Revistámonos de la modestia, que es el más bello adorno de toda nuestra vida.

Respiran una unción espiritual, no solamente las palabras, sino aún el mismo rostro de los santos.

La cara es el espejo del alma, y los ojos en su silencio descubren los secretos del corazón.

Procuremos adquirir la modestia, por cuanto el alma se perfecciona con sus deseos y esfuerzos, resultando tal, cual la han hecho sus inclinaciones y ejercicios.

Para conservar ilesa la pureza del corazón, es necesario poner á raya nuestros sentidos.

La modesta compostura del cuerpo anuncia la virtud del alma.

Así como todos quedamos emprendados de un rostro modestamente alegre, todos huimos de una cara ceñuda y triste.

La verdadera y agradable modestia consiste en no hacer divagar los ojos de un lugar á otro, sino fijarlos hácia delante; en no tener conversaciones vanas y ociosas, sino en hablar lo necesario.

En el gestionar sé grave, en el moverte sencillo, en el andar modesto.

MOLICIE; véase: VOLUPTUOSIDAD.

MONTES PIOS; véase: SOCORROS MÚTUOS.

## MORAL.

(ES INSEPARABLE DEL DOGMA.)

### I.

*Qui incredulus est, non erit recta anima ejus in semetipso.*

El que es incrédulo, no tiene dentro de sí una alma justa.

(HABAC. II, 4.)

Después de haber falsificado el origen de la Religion, la filosofía contemporánea debía falsificar también la sustancia; y pues que ella no quería ver en sus dogmas sino la obra y el fruto de la inteligencia humana, para ser lógica, era menester que en lugar de aceptarlos como revelaciones y misterios, los redujese á no ser más que verdades racionales ocultas bajo la capa de una poesía más ó menos ingeniosa. Esto es lo que ha hecho cabalmente: ha proclamado, audaz, que la Religion no es más que un puro simbolismo al uso del pueblo y no del filósofo, que guardándose bien ella de adorar la letra como el vulgo, rompe el velo de la forma, y va á contemplar frente á frente el pensamiento que la forma disfraza y encubre todo á un tiempo. Esta teoría no puede ser admitida ni como principio, ni como hecho: la metafísica y la historia la condenan.

¿Sobre qué terreno llevaremos pues la controversia? No será pues ya sobre el origen, ni tampoco sobre la sustancia: la llevaremos, sí, sobre la constitucion de la Religion. ¿Y qué es lo que piensa la filosofía actual?

Tomada de su conjunto, dice, la Religion se compone de dos grandes partes, del dogma y de la moral. Por la primera, aclara, del modo que puede, los secretos de nuestro destino; por la segunda, dirige

nuestra vida; y por las dos, ella responde, con más ó ménos plenitud, á los deseos esenciales de la humanidad. Mas, no por reunir estos dos elementos en un mismo pabellon, no es por esto decir que estén indivisiblemente reunidos el uno á la otra; son hermanos en verdad, más hermanos independientes. El dogma nada debe á la moral, la moral, á su vez, nada le debe al dogma. Esta no encuentra en aquél, ni su raíz, ni su autoridad, ni su sostén; de la conciencia es de donde extrae más bien su jugo, su vigor y su poder. Y porque esto es así, y como no reposa sobre las creencias, como sobre su base natural y necesaria, cada cual puede romper los lazos por donde la Religion alguna vez los reune; y dejando aparte los misterios, adherirse únicamente á la santa regla de las costumbres, sin arriesgarse por esta separacion ni á alterarla en su esplendor, ni á enervarla en su poderío.

Hé aquí, pues, lo que se proclama todos los dias. Hé aquí, oyentes, lo que vamos á combatir, y por lo que vamos á desarrollar, probándolas á la vez, las dos máximas siguientes:

Primera. Ó los dogmas son falsos, y entónces influyen inevitablemente sobre la moral para corromperla, tanto en la teoría como en la práctica;

Segunda. Ó los dogmas son verdaderos, y entónces son precisos á la moral para mantenerla pura y hacerla eficaz y fecunda.

Así quedará demostrado, que en todo estado de la naturaleza y cualquiera que sea su valor, los dogmas no son nada insignificantes para la conducta, como nosotros lo pretendemos, y que están ligados inseparablemente á la moral, por un lazo de depravacion, si ellos son mentidos y perversos; así como, por el contrario, si ellos son puros y verdaderos, por un lazo de beneficio y proteccion. Pidamos los auxilios necesarios. A. M.

1. Uno de los rasgos más característicos de nuestra época, en materia religiosa, es evidentemente, señores, la tolerancia dogmática. Lo esencial es que se reconozca á Dios; poco importa luego bajo qué nombres, bajo qué forma, ni bajo qué nociones se le adore. Individuos y pueblos, cada uno es dueño de pensar lo que mejor le parezca; y la sola autoridad ante la cual tengan que dar cuenta de su fé, es su conciencia. Hé aquí lo que todos los dias decimos; hé aquí lo que se lee en todas las obras; hé aquí lo que se oye repetir sin cesar en las conversaciones; y, en general, les es tanto más fácil proclamar esta libertad de creencias, cuanto que se suponen los dogmas inofensivos de sí mismos para las costumbres, no conteniendo en su fondo

ninguna regla de vida, ni buena ni mala, y apareciendo, en fin, sobre las naciones como solo nubes ligeras y transparentes, que ni alegran ni espantan, porque no traen en sí ni el rayo ni el rocío.

¡ Cuán errónea es, por tanto, esta última idea! No, señores; metafísicamente hablando, los dogmas no están ni vacíos de leyes, ni de consecuencias prácticas; ni uno encontrareis, al contrario, que no encierre en su seno los elementos lógicos de una moral tanto más pura, ó tan depravada cuanto él esté más puro en su origen ó se le haya corrompido por las pasiones. Así nosotros, yo lo supongo, somos pan-teístas: en lugar de aislar á la divinidad del mundo y del hombre, la identificamos con ellos; el universo y su autor no forman sinó un solo y vasto conjunto; los séres que nos rodean son otras tantas piezas; nosotros mismos, de nuestro lado, no somos más que particillas, y se podría llamar cada uno de nosotros un fragmento, un rayo de Dios. Hé aquí nuestro símbolo; pero, de aquí ¿qué conclusion sacar? Yo soy Dios, ¿no es verdad? Pero Dios no tiene más que instintos legítimos, luego yo puedo, sin faltar al orden, ceder al impulso de mis pasiones. Dios es independiente; luego yo no necesito cuidarme ni de las autoridades, ni de las leyes. Dios es dueño de todo; pues yo puedo, despreciando todos los límites ó derechos de propiedad, ampararme de las haciendas de mi vecino. En fin, Dios es necesariamente irreprochable, sea cualquiera la accion que opere; pues por muy horrible, por muy repugnante que sea el nombre con que uno se haya manchado, que se llame Sardanápalo ó Neron; que se tenga la frente cubierta de las más atroces infamias, y las manos manchadas de sangre la más sagrada aún, por ejemplo, de la de una madre, se puede presentar en el mundo la cabeza erguida y soberbia y decir: nadie tiene derecho de insultarme; ¡más puro soy que el sol! Tal es el absurdo moral de esta inmunda doctrina: Dios es todo.

Y lo que hay de más grave, es que, tratándose de doctrinas corruptoras, la lógica de los pueblos es á la vez penetrante é inexorable: penetrante, ella les hace adivinar, de un infalible golpe de vista, todo lo que los falsos principios que les seducen, contienen de conclusiones desastrosas; inexorable, ella les fuerza, en cierta manera, á arrancar una á una todas sus consecuencias y aplicárselas á su modo de vida. Ningun extremo los detiene; todas las franquean con el tiempo; y tuviesen que caer para ello en la sangre ó en el fango, obedecen hasta lo último á cierta tendencia impía que les impele á seguir una idea, aunque sea funesta en todos sus resultados, y aunque hayan de salir de su seno todo cuanto contiene y está destinado á producir tempestades.

Esto es lo que consigna la historia. No se encuentra nacion alguna ni tribu que no haya formado sus hábitos é instintos á la imágen y semejanza de los dioses que venera. En el Norte, los Germanos y Escandinavos se representan la divinidad bajo caracteres no voluptuosos, sinó crueles; segun sus ideas, ella no ama la licencia, sinó la matanza; y hé aquí porque estos pueblos son á su vez castos y bárbaros. Miran el lecho conyugal como inviolable y sagrado de un lado, y de otro encuentran un atroz placer en beber el licor del festin en el cráneo de sus enemigos, convertido para ellos en una copa de alegría. En el Oriente el budismo pesa sobre la India; lógicamente por ella consagra el derecho del desórden y la doctrina del fatalismo; y por esta doble consecuencia filosófica, hiriendo con dos filos las costumbres, mancha con las más asquerosas ignominias el culto religioso de las poblaciones asiáticas, y entraba al propio tiempo su actividad social en una inmovilidad cual de plomo. En fin, en el Occidente, Roma puebla el Olimpo y el Panteon de genios inmundos; ya es Júpiter dominado por instintos brutales, ya la diosa del placer; y quién no sabe que animados por tales ilustres ejemplos, la ciudad cabeza del mundo y sus emperadores se entregaron á una depravacion que Suetonio y Tácito mismo no han podido pintar con exactitud en sus horrendos detalles, á pesar de haber agotado para describirlos, el primero todo el cinismo, y el segundo todo el vigor de la lengua más audaciosa y enérgica que se haya hablado en el mundo.

Y ¡cosa digna de atencion! esta influencia de los dogmas erróneos no se ejerce solamente sobre la moral popular; ella alcanza toda especie de moral, y aún hasta la más elevada. Moral de filósofos: veis siempre las imperfecciones que ellos han mezclado á las reglas del deber y de la conciencia marchar paralelamente y de frente con las ilusiones que los han extraviado sobre la naturaleza divina; y es así como las doctrinas de Epicuro, las más bajas como especulacion, fueron así las más escandalosas como licencia. Moral de legisladores; el derecho que ellos han escrito, autoriza más desórdenes y respira más ferocidades, á proporcion que las creencias son ménos puras en sí mismas; y por esto los códigos, redactados bajo el politeismo, son muy inferiores con mucho al de Justiniano. Moral de nacion á nacion; y si en otro tiempo la humanidad se dividía en un gran número de fracciones enemigas, si la fusion de un pueblo á otro era más rara, si las colisiones más frecuentes y devastadoras, era porque en lugar de adorar á un Dios único é inmenso, que dominando sobre ellas como la grande águila de que habla Moisés, las cobijase todas como una sola familia, bajo las vastas alas de su amor, las sociedades de

entónces adoraban divinidades que se excluian y maldecian mutuamente. Por esto las naciones habian aprendido á execrarse y devorarse unas á otras en sus guerras desastrosas é impías.

Pero, cuando un dogma perverso es funesto á la moral, otro tanto un dogma puro le es saludable.

Nosotros admiramos la moral católica; pero, la belleza de esta moral encuentra su origen en la de los dogmas evangélicos: si ella es tan pura y fecunda, es porque el símbolo de que viene á hacer su corona, era ántes que ella puro y fecundo: él es el principio, ella el colorario. Así, señores, esta angélica castidad que nos hace conservar nuestras almas sin mancha, como las azucenas de los valles; esta uncion enérgica que nos sostiene, sin rigor ni debilidad, en medio de las tribulaciones y de las tempestades; esta generosidad que nos inspira el perdon de las injurias, hasta renunciar al más mínimo resentimiento; esta fraternidad que nos deside á inmolarnos sin vacilar y sin ostentacion por el bien de nuestros semejantes; son sin duda, veislas aquí, leyes magníficas, y no se sabrá bastante glorificar y bendecir la religion que nos las impone. Mas ¡quién no ve que estos son ejemplos tomados de Jesucristo, de quien ellas emanan? ¡Por qué esta integridad austera de corazon y de conducta, sinó porque él fué más puro que el sol? ¡Por qué esta fuerza en las tribulaciones, sinó porque él bebió con valor la hiel de su cáliz? ¡Por qué este olvido de las ofensas, sinó porque él pidió perdon por sus verdugos? ¡Por qué esta fuerte tendencia á la humanidad, sinó porque él mismo se sacrificó por el mundo? Sí, señores, la moral del Evangelio no es otra cosa que la vida de su héroe, puesta en preceptos; todas las virtudes que ella ordena á los discípulos, toman su origen y su razon en la historia de su maestro. El brillo de que se hallan impregnadas no es más que un reflejo del resplandor de que el Hijo de María brilla por sí mismo. Separarlas de sus acciones seria separar el ramo del tallo que le ha hecho crecer, seria separar el rayo de luz del foco que le lanza.

Si es tan preciso y necesario este divino ejemplo á la moral, para desenvolver las nociones, los dogmas puros y verdaderos, le es todavía más preciso y necesario para hacer estas nociones eficaces. Imprimir á la regla de las costumbres el doble sello de la santidad la más augusta y de la más venerable majestad; impedir las transgresiones que la alteran y la ultrajan, hasta la raiz que las hace germinar; precaver los motivos que pudieran quebrantarla, y oponer motivos más poderosos para inclinarla á su cumplimiento; hacer pesar en fin, estas diversas influencias con un peso uniforme sobre todas

las almas, de manera que no estén ni sobre las influencias vulgares, ni bajo los espíritus esclarecidos, y que accesibles para aquéllos, sean al mismo tiempo formidables para estos otros; esto es, si no me engaño, todo lo que se puede imaginar de más saludable para asegurar un respeto universal y permanente á la moral. Al consagrar así sus leyes, precaviendo todos los gérmenes de infracción que pudiesen originarse; al poner al abrigo, bajo su divina tutela, la observación de los intereses más sagrados y más dignos de emulación, derramando sobre todas las conciencias esperanzas y terrores iguales para todos, y obligatorias á todas, hace reunir en torno de la libertad las razones más decisivas, los atractivos más seductores, los estímulos más victoriosos, los auxiliares más enérgicos para determinarla al bien; y es casi imposible añadir nada á estos diversos móviles sin violentar esa misma libertad, y arrebatarle esta flexibilidad de movimiento de que penden á la vez su propia existencia, la noción del deber, y el mérito de la virtud.

Y bien, hermanos míos, ¿cómo no ver que tales deben ser los beneficios que produzcan los dogmas religiosos, y, sobre todo, cuando son puros? ¿Queréis revestir la moral de una dignidad que la recomienda? Pues con un dogma razonable se presentará como la expresión de la voluntad divina, como un precepto de la sabiduría infinita; y ciertamente yo no sé qué pueda imponerse á nuestra obediencia, con sello de autoridad más respetable, ni de dignidad real más sublime! ¿Se quiere sofocar en su nacimiento los errores que puedan violarla? Teneis razon; al vicio no se le puede precaver eficazmente, si nos limitamos solo á atacarle cuando ya se halla consumado; para impedir que estalle, es preciso subir más alto, es decir, reprobar la inclinación natural que lo inspira, y los pensamientos que lo meditan, y los deseos que lo llaman; sin esto, sin esta precaución de hacer secar las fuentes íntimas que le engendran, tarde ó temprano, después de haberse apoderado del alma, romperá las barreras para esparcirse por lo exterior. Y hé aquí precisamente el mal que atajará la influencia de un dogma sábiamente concebido, concienzudamente aceptado.

Suponed que él coloque la humanidad á la vista de un Dios, cuyo ojo penetrante y severo lo excudriña todo: de un Dios, que sondeando las entrañas y los corazones, no solamente descubre, más aún condena hasta el menor fermento de pasiones voluntarias, y prohíbe y proscribete hasta el más sencillo pensamiento de desorden; de un Dios, en fin, que amenaza castigar con un eterno infortunio la resolución sola del crimen, como si fuera el mismo crimen; suponed que esta fé nos

domina realmente; sola ella apagará en nosotros el mal en su principio mismo.

2. Así pues, los dogmas religiosos son todopoderosos, si son puros, para asegurar el imperio de la moral. Pero hay más; ellos son indispensables; nada podrá suplir su influencia, si llegasen á desaparecer. Y en efecto ¿de qué echaríais mano en su lugar para llenar el vacío que creara su ausencia? ¿Contaríais sobre la belleza de la moral misma? Mas, decir una moral bella, es decir una moral severa; su esplendor es entonces un brillo que mata, y yo no comprendo que esto sea un atractivo para hacerla practicar. Es que solo porque una máquina fuese de oro ó de diamante ¿encontraríais placer en dejaros desmenuzar y destrozarse entre sus ruedas? ¿El interés? Pero, el interés se le puede colocar en la violación de todo deber, como el menosprecio de toda virtud. ¿El honor? Pero á éste se le puede comprender mal, y poner su gloria ó entre las monstruosidades de la perversidad, como Heliogábalo, ó en los refinamientos de la barbárie, como Calígula. ¿La opinión? Mas ¿quién no sabe que ella puede, convertida en oráculo embustero y tirano feroz, consagrar los vicios más repugnantes, y mandar las atrocidades más inhumanas? ¿No hacia quemar Neron á los aplausos de la opinión, á los cristianos como antorchas vivas en medio del anfiteatro? ¿Salvaríais, pues, y abrigaríais, en fin, la moral bajo las amenazas de la ley? Ya lo sabeis, la historia ha hablado de un príncipe á quien el mar en una tempestad, dispersando su flota, sepultó casi todos sus bajeles: para castigar al feroz elemento de su atrevido crimen, él la hizo azotar, y que se le echaran grillos y cadenas. Sin embargo, las olas independientes se burlaron de sus hierros, y continuó la tempestad. Así sucedería con el corazón humano bajo los rigores de la legislación. Como el océano, encuentra en sí mismo el corazón germen de su reposo; y si se sale de él al soplo de las pasiones que lo turban, en vano es que le sobrecargueis de terrores y castigos: él se reirá de estas impotentes riberas para contener sus revuelcos indomables; y esto es tanta verdad, que siempre en la historia, las épocas donde más se han hecho leyes severas, fueron aquellas en que las sociedades tuvieron que deplorar más el progreso de la licencia y la multiplicación de los crímenes.

Nó, señores, entre las salvaguardias humanas ofrecidas á la moral, no hay más que dos que podrían comunicarle cierta autoridad práctica, si para levantar al mundo ella no tenia necesidad de apoyar su palanca fuera del mundo mismo: aquéllas son, la conciencia y la razón; la razón, candelabro sagrado, antorcha venerable, aunque mutilada, de la sabiduría infinita; faro saludable llamado, no solamente

á alumbrarnos sobre el camino del deber, sinó todavía á hacérsenos querer haciéndonoslo apreciar, y á conducirnos á la virtud por una viva inteligencia de su necesidad así que de sus glorias; conciencia y razon, palabras pronunciadas con veneracion en todas las lenguas; potencias reconocidas por todos los pueblos, como por todas las edades. Y sin embargo, ¿creeis que aisladas de los dogmas de la Religion, ellas bastarian para basar y garantir el ascendiente y la integridad de la regla de las costumbres? ¿Pensais, por ejemplo, que la razon seria tan fuerte como el cetro de Dios para fundar el reinado de la virtud? ¿La razon? Pero de buena fé, ¿quién la toma por guia de su conducta? ¿Los niños? Ellos son incapaces. ¿Las mujeres? Ellas no viven que de sus sentimientos y de su imaginacion. ¿El pueblo? ¡Oh! no le calumniemos; ¡él tiene bastante con su miseria! Pero ya lo sabeis, el instinto, el hábito, la excitacion á los apetitos, el encadenamiento de las pasiones, ved los grandes móviles; la reflexion, casi nunca. ¿Los filósofos y los sábios? ¡Ah! ellos escriben magnificas páginas sobre la dignidad que aquella puede imprimir al carácter, sea para dominar á los sucesos, sea para dominarse á sí mismo: ellos esculpirán á su gusto, en su gabinete, la estatua de un sábio tal que él lo seria, si por azar ella encontrase un corazon que no saliese sinó de ella misma. Pero, cuando se trata por su parte de conformarse á este modelo, cuando es cuestion para ellos de determinar la direccion de su conducta, entónces desapareció esta razon, al instante mismo bajo su pluma fecunda en maravillas. Ellos la usan ménos que el vulgo. O bien, ¿por qué no decirlo cuando la historia nos lo enseña? Si ellos la consultan, muy á menudo será tomándola por aquella misma razon que divinizaron, el siglo último, en un mármol vivo, y cuya imágen se confundia con la de la más cínica infamia! Despues de esto, yo os pregunto, ¿cómo colocar la moral bajo la tutela de un poder tan generalmente olvidado de sí mismo!

¿Y la conciencia seria más feliz y más fecunda? ¿La conciencia? ¡Ah! no insultemos á su autoridad; pero no exageremos ni su poder. ¿La conciencia! Pero todo el mundo no la comprende de la misma manera: Tiberio y san Luis hablaban los dos de ella, y sin embargo, ¿qué diferencia del uno al otro? ¿La conciencia! ¿Y no sabemos nosotros todos que la ilusion á veces nos pierde? ¿Es que no hay tentaciones cariñosas que la seducen, y circunstancias tempestuosas que si ellas no la rompen enteramente, la hacen al ménos inclinarse? ¿No conoceis una filosofia vil que enseña á reir como de una simpleza más ó ménos discreta, y buena todo lo más para aquellos que no han comprendido el verdadero secreto de la fortuna y de

la vida? Ella encuentra al cabo sea naturalezas bastante perversas, sea hábitos de vicio de tal modo radicados, que no tenga más accion sobre ellas; su aguijon se embota en sus almas de bronce, en lugar de punzarlos; y si yo viese una delante de mí, si por repetir un pensamiento de Voltaire, yo me encontrase enfrente de un tirano, sin otro abrigo contra su ferocidad que su propia conciencia, me costaria buen trabajo creer que solo el temor de los remordimientos le impediria ó contundirme en un mortero, ó aserrarme de por medio.

¡Insuficiencia, pues, en la conciencia! ¡insuficiencia en la razon! ¡insuficiencia en todas las murallas elevadas por la mano del hombre al rededor del corazon mortal, para aprisionarle en el seno del deber y de la virtud! A decir verdad, todo esto puede bien tener una cierta fuerza, si se lo combina con el dogma religioso. Así no se verá un tentado de menospreciar la razon, si detrás de sus luces brillan para sostenerlas los fuegos de un porvenir amenazador; así no se burlarán de la conciencia, si las sentencias que ella pronuncia presagian, para más allá del sepulcro una sentencia más terrible que la de su tribunal; así representantes augustos de la justicia entre los hombres, magistrados venerables, se temerá vuestra autoridad, si encima de vuestra frente y de la diadema de imparcialidad severa que la corona, se vea aparecer la sublime faz de un juez inmortal y supremo, ratificando vuestros decretos, y constituyéndose el vengador de las leyes de que sois aquí abajo los tutores. Pero, rómpase por un momento esta alianza entre el tiempo y la eternidad; y se concluyeron la santidad de las virtudes públicas y privadas. Existen ciertos mares, que no hubieran podido dar cabida á rios bajos y poco considerables; perpetuamente alterados, necesitaban para no desbordarse, de elevadas costas, de rocas gigantescas; y el Criador les puso estos diques colosales, para neutralizar sus iras, y rechazar eternamente sobre ellos mismos sus olas eternamente impacientes de sus barreras. Lo mismo sucede con el corazon de los pueblos y de los particulares. Él es el más rebelde y el más furioso de los océanos; tiene necesidad para estar contenido en sí mismo, de una mole á la vez elevada y profunda como el infinito, ancha como la inmensidad, inmoble como la eternidad misma; es decir, que tiene necesidad de Dios, de su providencia, de su justicia, y de sus cóleras santas; y si abatís este obstáculo todopoderoso, hagais cuanto podais por acumular en reemplazo suyo los mayores estímulos y terrores, leyes y fastos, patibulos y suplicios, jamás llegareis á construir un dique que no sea efímero. Al primer choque, él caerá delante de las pasiones, que pretenda tener encadenadas; y las olas, burlándose de los descombros, entrarán